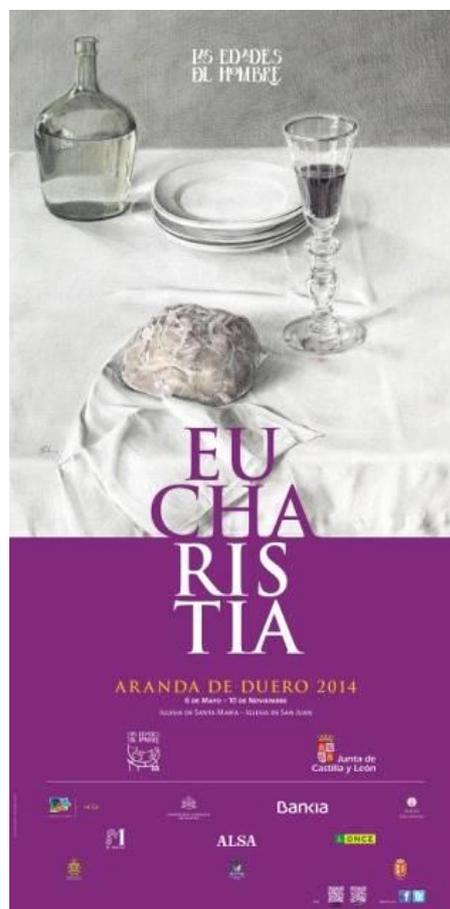


CRONICA DE LA EXCURSION A LAS EDADES DEL HOMBRE.

Bajo el título "Visita a las Edades del Hombre, Enoturismo y Ribera del Duero" y formando parte del programa de actividades culturales y, porqué no, recreativas de la A.E.P.T., tuvo lugar los pasados días 27 y 28 de septiembre un recorrido por diversas localidades segovianas y burgalesas cuyo colofón fue la visita guiada a la exposición que dentro del ciclo de las Edades del Hombre y bajo el título "Eucaristia" tenía su sede en las iglesias de Santa María y de San Juan Bautista de la localidad burgalesa de Aranda de Duero.



Cartel oficial de la exposición de las Edades del Hombre de Aranda de Duero.

Pero como no solo de arte vive el hombre y la cultura es un concepto muy amplio en el que tienen cabida todas aquellas actividades que producen una agradable sensación a nuestros sentidos, que mejor inicio de nuestro peregrinaje, no por casualidad nos encontramos en la Ribera del Duero, zona vitivinícola por excelencia, que una visita a una de las bodegas emblemáticas de la zona.

La escogida para tan señalada ocasión fue Bodegas Valdubón, una empresa fundada en el año 1997 d.C., situada en la localidad burgalesa de Milagros y acogida a la Denominación de Origen Ribera del Duero.

En nuestra visita, comentada y guiada por el enólogo de la bodega, pudimos seguir todo el proceso de vinificación desde el momento en que la uva, de la variedad "tinta del país", también llamada "tinta fina" o más habitualmente "tempranillo", es recolectada y descargada en la nave de la bodega hasta que tiempo después, depende del tipo vino que se desee obtener, joven cosecha, roble, crianza o reserva, y siempre en base a las cualidades y calidades de la uva, descorchamos unas botellas.



Las cepas en espaldera de la uva "tinta del país" listas para su vendimia.

Y como no hay mejor maestro que fray ejemplo, tras el recorrido en el que abundaron las personas que tomaron buena nota de los comentarios de nuestro guía, llegó el momento de proceder a poner en práctica lo aprendido, es decir, realizar una cata de los cuatro tipos de vino que comercializa la bodega a base únicamente de uva tempranillo, también elabora otros vinos en los que junto a la anterior intervienen variedades como la merlot o la cabernet sauvignon, curso que fue seguido con gran interés por los participantes.



Depósitos de acero inoxidable (arriba) en los que se almacena el mosto hasta que es trasvasado a las barricas y botellas (abajo) para su envejecimiento.



Prueba del aprovechamiento del curso es el hecho de diferenciar con gran precisión las características de un "joven cosecha", un vino ligero, afrutado, elaborado a base de uvas de jóvenes viñas de menos de 12 años, fermentado a baja temperatura, unos 16°, de elevada acidez y muy apropiado para tapear, de un "roble", cuyas uvas provienen de viñas de más edad, nunca viejas, fermentado ya a elevada temperatura, unos 28°, durante más tiempo y que tras varios cambios de tanque, pasa al menos cuatro meses encerrado en una barrica de roble y, llegados aquí, hagamos un inciso.

El hecho de envejecerlo en barricas tiene como finalidad suavizar la textura del vino y estabilizarlo provocando que los "ásperos" taninos se endulcen al polimerizarse, dando una sensación más agradable y redonda en la boca, al tiempo que le aportan "sabores", a coco, a vainilla, a chocolate, a tabaco, a café, etc., en función del tipo de roble utilizado.

Las barricas pueden estar fabricadas con roble francés (más caro) o roble americano (más económico), hecho que tiene gran importancia dado que el primero le aportará matices más campestres, las famosas frutas del bosque, mientras el segundo lo hará más "lácteo".



Salón de la bodega en el que tuvo lugar el curso de cata, al fondo la gran mesa con los participantes atentos a las explicaciones del "profesor".

Las explicaciones continuaron comparando el "roble" cosecha 2012, que presenta menor acidez y mayor presencia de taninos lo que le hace apropiado para acompañar comidas no excesivamente contundentes, con un "crianza" cosecha 2011, un vino más redondo, con al menos, 12 meses en barrica y otros tantos en botella, persistente en boca, de aroma complejo, cuya degustación exige mayor tiempo, curiosamente llegado este momento alguno de los participantes eran ya capaces de diferenciar las lluvias otoñales de las primaverales, para concluir con un "reserva" cosecha 2008, cuyo color, mucho menos púrpura que los anteriores, nos indica que tras pasar los 12 meses habituales en la barrica había reposado al menos otros 36 meses en la botella.



Las vides y sus racimos, protagonistas indiscutibles.

Tras esta parada, y tal vez para expiar los pecados cometidos, nos encaminamos a nuestro siguiente destino, el Monasterio agustino de Santa María de la Vid, en cuyo refectorio nos estaban esperando para el almuerzo.

Comida sencilla, abundante, quien quiso pudo repetir tanto del primero como del segundo plato, y bien cocinada que sirvió para reponer fuerzas para la visita guiada que, tras una muy corta sobremesa, estaba previsto giráramos por las distintas dependencias del conjunto monástico.

***Fachada de la iglesia del
Monasterio agustino de Santa
María de la Vid.***



***Claustro del Monasterio
agustino de Santa María de la
Vid.***

Retablo del Altar Mayor de la iglesia del Monasterio agustino de Santa María de la Vid.

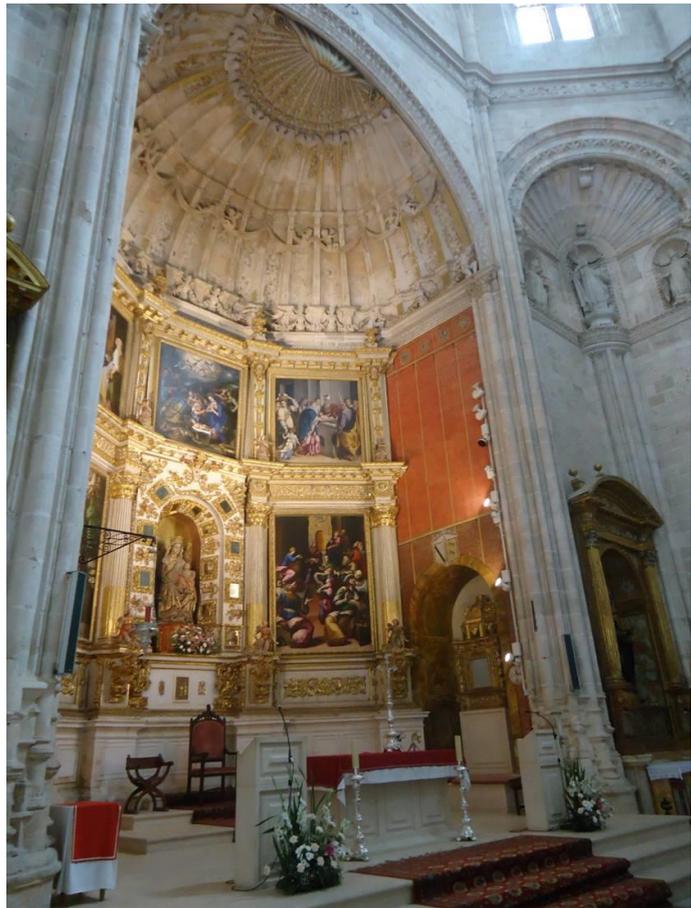


Imagen de Nuestra Señora Santa María de la Vid, patrona del Monasterio.

El ameno recorrido nos condujo por las diferentes estancias, entre las que destacaremos el gran claustro, la antigua Sala capitular que conserva parte de los arcos románicos originales, la magnífica iglesia en la que destaca una bellísima talla de la Virgen de la Vid, patrona del Monasterio, con su pertinente leyenda de milagros hallazgo, en este caso, al pie, como es evidente, de una vid, para concluir en el pequeño Museo.



Arcos románicos de la primitiva Sala Capitular del Monasterio de la Vid.

Tras despedirnos de nuestro guía monástico, y ya casi sin tiempo que perder, retornamos a nuestro autobús para dirigirnos a la localidad burgalesa de Peñaranda de Duero.

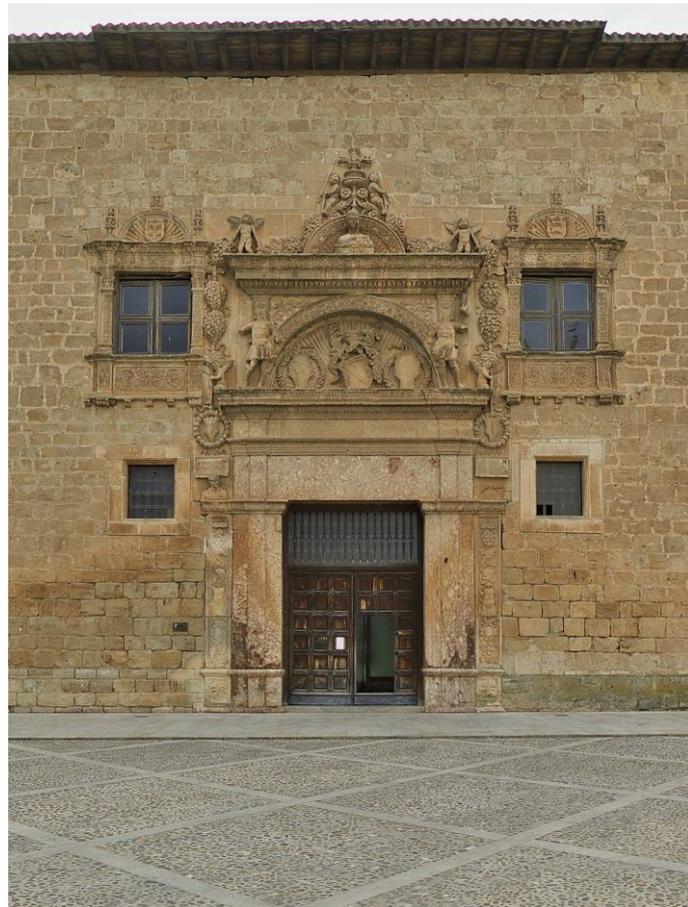
Solar de los Condes de Mirada del Castañar, su tercer titular, don Francisco de Zúñiga Avellaneda y Velasco, mandó edificar en el año 1530 d.C. un magnífico palacio cuya traza se considera obra de Francisco de Colonia, en su conservado recinto destaca su antaño inexpugnable castillo, cuyos orígenes se hunden en los albores del siglo X d.C. tras la conquista de estas tierras por las mesnadas del Conde Fernán González, junto a la antigua Colegiata de Santa Ana, los restos del recinto amurallado del siglo XV d.C. que conserva dos de sus puertas y el gótico rollo jurisdiccional que preside su plaza.



Una de las antiguas puertas del recinto amurallado (arriba) de Peñaranda de Duero, cuya plaza (abajo) está presidida por el Rollo Jurisdiccional y la Colegiata de Santa Ana.



La visita guiada al Palacio de los Condes de Miranda de Castañar, también conocido como Palacio de los Condes de Avellaneda, nos permite descubrir una arquetípica mansión castellana en la que la sobriedad de su fachada, sobre el dintel de cuya descentrada puerta se conservan rodeados de grutescos y coronado con el busto de Hércules los escudos de las Casas de Zúñiga, Avellaneda y Cárdenas, contrasta con el espléndido patio que se abre tras atravesar el zaguán, cuyos dos niveles se corresponden con diferentes estilos arquitectónicos, el inferior presenta traza gótica tardía mientras el superior ya es plenamente renacentista.



Portada del Palacio de los Condes de Miranda.

En punto álgido en la historia de este Palacio se alcanza tras el matrimonio de don Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazán, miembro del Consejo de Estado bajo el reinado de los monarcas Felipe II y Felipe III, nombrado por este último en el año 1608 d.C. duque de Peñaranda tras su brillante actuación como Virrey de Cataluña y de Nápoles, con su sobrina doña María de Zúñiga Avellaneda y Pacheco, sexta Condesa de Miranda de Castañar.

Pero fue ese engrandecimiento en la Corte de los Habsburgos lo que a la postre llevó a la decadencia a este Palacio al trasladarse sus propietarios a sus residencias sitas en Madrid y Valladolid.

Detalle del monumental acceso al patio del palacio de los Condes de Miranda, labrado en mármol a base de motivos vegetales.



Patio presidido por un pozo de artístico brocal del palacio de los Condes de Miranda en el que aprecia su galería inferior de arcos tardogóticos de medio punto que contrastan con los renacentistas arcos carpanel de la galería superior.

Como otros muchos edificios históricos sufrió el expolio de las tropas francesas durante la Guerra de la Independencia, llegando su deterioro hasta el extremo de ser utilizado como pajar y almacén de aperos de labranza.



Fotografía de la galería superior del palacio de los Condes de Miranda tomada en el año 1916 d.C. por Arthur Byne.

A pesar de su evidente abandono fue declarado Monumento Nacional por Real Decreto de fecha 11 de agosto de 1923 d.C., hecho que no impidió que Arthur Byne ofreciera a William Randolph Hearst la posibilidad de adquirirlo para proceder a su desmantelamiento y posterior traslado a América.

Felizmente salvado de sufrir la misma suerte que padeció el Monasterio de Santa María de Ovila, en la segunda mitad del siglo XX d.C. se realizaron obras de rehabilitación del Palacio que destruyeron parte de sus edificaciones y alteraron la simetría de su fachada.

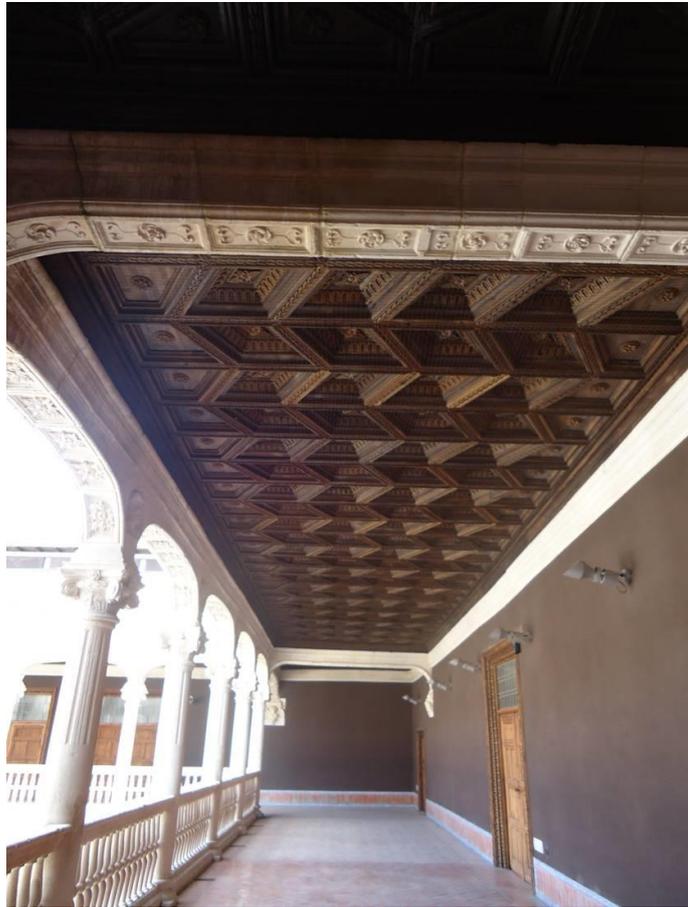
La distribución de sus dependencias se articula a partir del gran patio en cuya planta baja se situaban las dependencias destinadas a cocinas, establos, almacenes, etc., mientras las estancias ubicadas en la superior, denominada noble, estaban destinadas a las habitaciones privadas de los miembros de la familia propietaria que accedían a la misma a través de una monumental escalera que comunicaba ambos niveles, y a las de carácter protocolario.

Galería de techo artesonado correspondiente a la planta baja del patio del palacio de los Condes de Miranda.



Monumental escalera que comunicaba la planta baja del patio con el nivel superior, donde se situaban las dependencias de la familia propietaria.

Tras ascender los amplios escalones, la primera sorpresa nos la depara el artesonado que cubre los techos de las galerías del patio que, gracias a un efecto óptico, parece tridimensional a pesar de ser totalmente plano.



Artesonado de la galería superior del patio del palacio de los Condes de Miranda cuya perfecta ejecución hace que se asemeje a un diseño tridimensional.

A lo largo de las galerías se abren diversas estancias, todas ellas cubiertas con magníficos artesonados y dotadas de grandes chimeneas, el invierno por estas tierras es duro, que recrean el ambiente que en su época de esplendor debían tener, destacando la que se considera debiera ser el gran salón de recepciones en uno de cuyos muros se conserva un curioso cubículo cerrado por una celosía gótica y cuyo acceso se realizaba mediante una escalera desde la estancia adyacente, cuya finalidad no ha sido aclarada, aun cuando algunos autores apuntan que estaba destinada para que los jóvenes pajes fueran aprendiendo desde ese lugar los usos y costumbres de las recepciones oficiales, mientras otros se decantan por considerar que en ese lugar se colocaba el músico, no parece que pudieran haber más, que con sus melodías amenizaba los almuerzos.

A destacar las yeserías de inspiración mudéjar que decoran puertas y vanos, las cuales se complementan con otras de estilo plateresco español.



Galería superior (arriba) y salón noble (abajo) con el pequeño cubículo abierto en la parte superior de uno de sus muros del palacio de los Condes de Miranda.



Concluido el recorrido por las diferentes estancias del Palacio abiertas al público, actividad francamente aconsejable, atravesamos la Plaza de la villa, presidida por el monumental Rollo de Justicia que fue trasladado a este lugar desde su emplazamiento original situado extramuros de la misma, para visitar la antigua Colegiata de Santa Ana cuya construcción promovida y financiada por doña María Enríquez de Cárdenas, viuda de don Francisco de Zúñiga, fue iniciada en el año 1540 d.C.

La actual portada, de estilo barroco obra del escultor Pedro Martínez y en la que se incluyeron tres bustos de mármol provenientes de la cercana ciudad romana de Clunia, fue una de las reformas sufridas en el siglo XVIII d.C. que alteraron el diseño original del arquitecto Rodrigo Gil de Hontañón.



Portada de estilo barroco de la Colegiata de Santa Ana, en la que destacan los tres bustos de origen romano que rematan sus hornacinas superiores.

Concedida la categoría de Colegiata en el año 1605 d.C., fue concebida como templo funerario de la familia promotora, destacando en su interior la elevada altura de su gran nave central cuyos tramos se cubren con artísticas bóvedas de crucería pero cuyo mayor alarde arquitectónico lo encontramos en el cimborrio que se alza sobre el crucero, cuya bóveda estrellada de estilo tardogótico, que reproduce en altura la planta cuadrada de su base es un autentico encaje al presentar nervios y terceletes combados.

Imagen del interior de la Colegiata de santa Ana en la que se aprecia la gran altura de su nave cuyos diferentes tramos se cubren con bóvedas de crucería.



Bóveda estrellada de traza tardogótica que cubre el cimborrio de la Colegiara de Santa Ana.

El recorrido por los principales monumentos de esta interesante localidad concluye en este punto, nuestro apretado plan de viaje no nos ha permitido ascender hasta las alturas en que se levanta su castillo ni recorrer pausadamente sus estrechas y evocadoras calles, para encaminarnos sin pérdida de tiempo a la ciudad de Aranda de Duero, principal destino de nuestra excursión.



Las evocadoras calles medievales del Peñaranda de Duero, dominadas por la protectora presencia de su castillo.

Un rápido desplazamiento por carretera nos conduce hasta la citada localidad en la que nos aguarda una sorpresa no programada, un espectáculo de luz y sonido proyectado sobre la fachada de la iglesia de Santa María, hecho que provoca el retraso de nuestra prevista salida hacia la localidad de Milagros, en cuyo hotel de ese nombre nos alojaremos esa noche.

Como la carne es débil, hasta el momento de su disfrute, nos encaminamos en diferentes grupos hacia algunos de los mesones que pueblan ésta localidad para saciar el hambre que tras la dura jornada, reclama ser calmada con alguna de las viandas propias de la tierra castellana regadas con los caldos que las uvas de estos lugares proporcionan.



Fachada de la iglesia de Santa María de Aranda de Duero, improvisada pantalla de un espectáculo de luz y sonido.

Con renovadas energías nos encaminamos hacia la iglesia de Santa María cuya monumental fachada se convierte en improvisada pantalla de un espectáculo cuya temática, la construcción de la propia iglesia, y montaje, colmaron las expectativas de los espectadores.

Concluido el mismo, regreso al autocar, llegada al hotel y asignación de habitaciones, labor realizada rápida y eficientemente, como no podía ser de otro modo al contar con un jefe de expedición avezado en estas lides, para una vez acomodado en la misma dar por concluida la crónica de esta primera jornada, con la mente puesta en la serie de actos, entre otros la visita a la Exposición y a la localidad de Maderuelo, programados para la siguiente.

José María Duchel de Mumbert

Comité de Actividades y Captación de la Asociación Española de Profesionales de Turismo.